

El santo de Villalobos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía © FredFroese / iStock / Getty Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Pascual Martínez Pérez, 2023

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-16-4

Depósito legal: M-4.162-2023

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pascual Martínez

EL SANTO DE VILLALOBOS

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Los fantasmas siempre aparecen por la noche. Y vienen cubiertos con sábanas blancas por una razón: distinguirlos en la oscuridad. Ernesto Pitana se había acostumbrado a su presencia: desde hacía tres años se disponían alrededor de su cama en tropel. Y los cabritos hallaban sus aposentos como si se orientaran con una brújula. Porque allí estaban también: en la casa que había alquilado en la calle Caganchuelo a finales de octubre, tras residir durante tres meses en la fonda de Jacinta.

El sonido lo sobresaltó. Palpó la mesilla y el móvil cayó al suelo. Maldiciendo, lo cogió y contestó:

—¿Qué pasa, Montero?

—Han encontrado un cadáver en la playa de Valdearenas. Pitana se estremeció con la sola mención de aquel lugar.

—¿Dónde estás?

—En la playa. Lebrija y yo acabamos de llegar. Martínez va a buscarlo.

—¿Dónde está la víctima? —El sargento Pitana ni saludó siquiera.

Lebrija le indicó la zona donde flotaba el cuerpo.

Un sol abúlico despuntaba en el horizonte y un brochazo de luz sobrevolaba un otero preñado de olivos.

—Ya he avisado al juez de guardia. El forense me acaba de confirmar que está de camino —dijo la cabo Montero, solícita—. Y los bomberos de Lucena también están avisados.

—Lebrija, Martínez, acordonad la zona. ¿Quién ha descubierto el cadáver? —preguntó Pitana.

Lebrija alzó el brazo y señaló a un hombre fibroso, vestido con ropa deportiva y zapatillas fluorescentes.

—Buenos días. Sargento Pitana.

Se estrecharon las manos.

—Mario Márquez.

—¿Cómo se ha dado cuenta?

—Salgo todas las mañanas a correr. He visto el cuerpo en el agua. Al principio creía que era una boya, no sé..., lo último que te imaginas es que sea una persona. Pero al fijarme con más detenimiento... Entonces he llamado al 112.

—Sale usted muy pronto a correr...

—¿Está prohibido?

Pitana recibió la respuesta con ganas de arrancarle la cabeza de cuajo. Se controló.

—Está bien. No se marche. Tendremos que hacerle más preguntas y tomarle declaración.

—¡Me voy a quedar helado!

—Martínez, déjele su abrigo.

—Pero, sargento...

—¡Que se lo deje, joder!

Martínez, resignado, se quitó el abrigo y se lo entregó al corredor, que se alejó unos metros.

—Por cierto, está de guardia la jueza Arjona. No le ha hecho mucha gracia la noticia —dijo Montero.

—¿Y qué querías? ¿Que bailara la *Macarena*?

Mientras los bomberos preparaban el equipo de salvamento acuático y los trajes de buceo, llegó la jueza Arjona. Venía acompañada del secretario judicial y un guardia civil. Este aparcó junto a dos ambulancias, un todoterreno de Protección

Civil y un furgón de los servicios funerarios. Enfilaron el pasillo acordonado por el que se accedía a la escena del crimen.

—Buenos días, sargento. ¿Qué tenemos?

La jueza Arjona era una cuarentona escuálida y despierta, con el pelo corto y gafas enormes.

—Un regalito de Reyes, señoría. Un cuerpo en el agua.

—Procedan.

Los bomberos se adentraron en el pantano en una balsa neumática. Desde la distancia, los congregados observaban las maniobras. Cuando regresaron, dos de los cuatro componentes del destacamento se bajaron de un salto y encallaron la zodiac en la orilla. Los otros dos bomberos agarraron el cuerpo y lo depositaron en la arena. A la víctima, un septuagenario delgado y de cabellos canos, le habían embridado las manos en la espalda.

—Yo conozco a ese hombre. —Los presentes se giraron y miraron confundidos al corredor, que se había acercado a echar un vistazo—. Es el santo de Villalobos.

Ismael Tarancón, el médico forense —nariz griega, cuerpo fornido y notable chepa que le obligaba a caminar un tanto encorvado—, se puso a la labor sin olvidar su habitual gracejo: una manera de distender el ambiente en circunstancias tan macabras. Pitana no acababa de acostumbrarse a la actitud de Tarancón. Le parecía incoherente, desatinada. Bailar flamenco en un velatorio.

—Le han descerrajado un tiro de escopeta —dijo el forense, en presencia del sargento y la jueza. Y señaló un boquete en medio del pecho de la víctima.

La jueza apartó la vista.

Agentes de la científica, enfundados en sus buzos y escarpines blancos, rastreaban la zona en busca de pruebas, mientras

uno de ellos tomaba fotografías. Un miembro de la Policía Judicial recogía la vaina de un cartucho y la introducía en una bolsita de plástico.

—¿Qué puede adelantarnos? —Pitana se acuclilló a la derecha del forense.

—Creo que le dispararon en la orilla, cayó al agua y flotó hasta donde lo localizaron. Diría que el óbito se produjo entre las nueve de la noche y las dos de la madrugada.

—Quiero los resultados de la autopsia lo antes posible.

—Ya me he enterado.

Pitana no esperaba la llamada tan pronto. El hombre que había al otro lado del hilo telefónico era Bernabé Galarza, director general de la Guardia Civil y excuñado de Pitana. Desde que se había visto obligado a desterrarlo a tierras cordobesas se sentía en deuda con él y siempre que podía lo telefoneaba para ver cómo estaba. Más en las circunstancias actuales.

—¿Quieres que te mande a alguien de la Unidad Central?

—Me las apañaré.

Bernabé se calló un instante, resignado: no le haría cambiar de opinión.

—Han emitido la noticia en todos los informativos. No sabía que ese hombre era tan popular.

—Yo tampoco.

—Y encima con ese nombre tan rimbombante: el santo de Villalobos.

—Por lo poco que me he informado, ese tío era una celebridad por estas tierras...

—Una celebridad también puede ser un estafador...

—Eso tendré que averiguarlo.

A Pitana le dolía la cabeza y necesitaba un cigarrillo con urgencia.

—Bernabé, me están llamando al móvil —mintió—. Te mantendré informado.

—De acuerdo. Conchi te manda recuerdos.

—Devuélveselos de mi parte.

—¿Cómo lo lleva? —le preguntó la cabo Montero a Pitana.

—Detesto escribir el informe preliminar para el juzgado.

—Buscaba las letras con la mirada fija y apretaba las teclas con un dedo—. Nunca me acostumbraré a estos cacharros.

—A esa velocidad, va a acabar el informe en primavera. ¿Por qué no se apunta a un curso de mecanografía? Yo hice uno cuando era joven y me vino de perlas.

—Bastante tengo ya como para apuntarme a esas chorradas. Además, ya estoy mayor para determinadas cosas.

—Nunca se es mayor para aprender.

Pitana volvió a fijar la vista en el teclado en busca de la letra extraviada. Su dedo parecía la garra de un halcón. Desanimado, maldijo entre dientes y se dio por vencido.

—Dile a Palomeque que venga.

—Le va a endosar el marrón, ¿eh?

—Montero, no te pases.

—Ahora mismo le aviso.

La cabo se marchó. Al minuto, Palomeque entró en el despacho tras pedir consentimiento.

La tarde transcurrió en el cuartel como si hubiera un enjambre de abejas hasta arriba de cocaína en cada esquina. Pitana había ordenado a su equipo trabajar a destajo: quería resultados inmediatos. A la mañana siguiente vería si sus subalternos se habían puesto las pilas.

El sargento apenas cenó y se acostó con la sensación de que aquella noche había más fantasmas de los habituales pululando por la habitación. Cerró los ojos. Las imágenes de lo ocurrido en la playa de Valdearenas se proyectaban en su cerebro como filminas en una pantalla. Se levantó, se puso un abrigo sobre el pijama y salió a la terraza. Se frotó los hombros para calentarse, encendió un cigarrillo, apoyó las manos en la barandilla y oteó el pantano.

Un pensamiento lo atormentaba.

«Me toca investigar quién ha matado a un santo».